

JOSÉ GRANADOS

TEOLOGÍA  
DE LA CREACIÓN:  
DE CARNE A GLORIA



PRIMERA PARTE  
FE EN EL CREADOR, HOY:  
LA PERSPECTIVA SACRAMENTAL

Cuando san Pablo visitaba Atenas, sofocado por los ubicuos ídolos de la polis, le consoló encontrar una excusa para predicar al Dios viviente. Y es que los griegos habían erigido un altar al “Dios desconocido” (*Agnostós Theos*), sabedores de que el número de dioses era incontable y deseosos de granjearse el favor de todos ellos. ¿O tal vez intuían a un Dios superior a todo concepto que de Él pueden formarse los mortales? Sería, entonces, desconocido por no conocible<sup>1</sup>. En todo caso, san Pablo hallará en la inscripción un sendero hacia el Dios de la Biblia, que prohibió se formaran de Él imágenes.

Nuestra época esperaría tal vez que, tomando pie en el Dios desconocido, se predicase la igualdad de fondo de todas las religiones. De ellas no valdría tanto lo que separa (artículos de credo, rúbricas rituales, reglas de vida...) sino el impulso con que

---

<sup>1</sup> Lo más probable es que el altar se dirigiera a uno de los dioses desconocidos, con el objeto de evitar descuidarlo para no atraerse un aluvión de desgracias: cf. J.W. Jipp, “Paul’s Areopagus speech of Acts 17:16-34 as both critique and propaganda”, *Journal of Biblical Literature* 131 (2012) 567-588, 578. La intención de Pablo, por otra parte, consiste en mostrar a los atenienses la ignorancia que tienen de Dios: H. Külling, “Zur Bedeutung des Agnostos Theos: eine Exegese zu Apostelgeschichte 17:22-23”, *Theologische Zeitschrift* 36 (1980) 65-83. Sobre el *Theos Agnostos* en la filosofía y teología de los primeros siglos cristianos, cf. A. Orbe, *Introducción a la teología de los siglos II y III* (Salamanca 1988) 10-14.

nos lanzan hacia lo ignoto, que la razón humana no puede aprehender. Es decir, no sería interesante lo que las religiones dicen, sino lo que no pueden decir, por quedar más allá de toda palabra o gesto. Es una postura vecina a la de los antiguos gnósticos, que aspiraban a un Ser ignoto e inasible, ajeno a los silogismos de nuestra mente y a las conminaciones del Sinaí.

Sin embargo, el discurso de Pablo se mueve en una línea opuesta por diámetro. Pues el Apóstol identifica enseguida a este Ser desconocido con el Creador de cielo y tierra. Se evita así, de raíz, la fractura entre el origen de este mundo cognoscible, por una parte, y el Padre ignoto, por otra. El Dios desconocido de Pablo no lo es por demasiado lejano, sino por su insospechada cercanía. Su llamada se dirige a todos, no porque escape al lugar y tiempo concretos, sino porque sostiene cada aquí y ahora. Se trata de un Dios invisible, sí, pero como es invisible la luz al ojo, o el agua al pez, pues, dice el Apóstol, “en Él vivimos, nos movemos y existimos...” (He 17,28).

Pablo presenta así un Dios que despliega el espacio y tiempo del mundo donde habitamos. De ahí que este Dios se preocupara, añade el Apóstol, por “determinar fijamente los tiempos y las fronteras de los lugares que [los hombres] habían de habitar” (He 17,26). Hay aquí una referencia al Deuteronomio, donde Dios reparte a cada pueblo su espacio patrio (Dt 32,8-9)<sup>2</sup>. Pero el fundamento de todos estos espacios es común, pues el primer espacio y tiempo que Dios abre, según Pablo, es el de la familia, haciendo que los hombres procedan “de uno solo” (He 17,26),

---

<sup>2</sup> Cf. Dt 32,8-9: “Cuando el Altísimo daba a cada pueblo su heredad y distribuía a los hijos de Adán, trazando las fronteras de las naciones, según el número de los hijos de Israel, la porción del Señor fue su pueblo, Jacob fue el lote de su heredad”.

o sea, de Adán por su unión con Eva. Más adelante, de entre todos estos lugares distribuidos a cada raza, Dios escogió para sí el de un pueblo concreto, Israel, para tejer, de generación en generación, el lugar y el relato de su morada entre nosotros. Todo lo cual muestra que el tenor del discurso paulino no procede de algún docto filósofo, sino más bien de la fe bíblica, donde Dios se revela en los espacios y tiempos del mundo por Él creado.

“Vosotros, Atenienses”, parece decir el Apóstol, “habéis dedicado un altar al Dios desconocido, y es cierto que Dios no habita en templos contruidos por nuestras manos. Ahora bien, si Él no tiene lugar, no es porque sea ajeno a todo espacio, sino por ser Aquel que ha inaugurado y sostiene nuestros espacios y tiempos. Así que podemos encontrarle, no más allá de dichos espacios y tiempos, sino, por así decir, más acá de ellos, como quien los inaugura y mantiene abiertos. A Dios le hallaréis ahondando en lo que vuestro mundo es y contiene, como se excava un campo para desenterrar su tesoro”.

Confirma esta exégesis el hecho de que la presencia divina en los ámbitos terrenos se consume, según pronto dirá el Apóstol (He 17,31), con la resurrección de Jesús. Este es el punto álgido del discurso. Su carne gloriosa aparece como nuevo espacio (nueva morada o templo) donde habita la plenitud de la divinidad corporalmente (Col 2,9). He aquí el lugar definitivo abierto por el Padre para que le busquemos y hallemos. Aquí se recapitulan los espacios, desde aquel “uno” de Adán y Eva, hasta aquella tierra concedida a Israel y que sería toda ella tierra santa.

Por eso, a quien descubre en el Dios desconocido al Dios Creador, le es también posible abrazar su manifestación definitiva en Jesucristo resucitado y llamarse su discípulo. Pues se trata en ambos casos (la creación, la resurrección) de un Dios que

obra en el espacio de los hombres, adaptándose al hilo temporal de ellos. Pablo siembra así una semilla de fe que germinó, como nos narra Lucas, en el corazón de Dionisio y Dámaris.

¿Qué efecto tendría este discurso de Pablo de haberse pronunciado en un areópago de nuestra tarda Modernidad? ¿Haría también, ante auditorio tan secularizado, de los ídolos y del Dios ignoto? ¿Osaría presentar a un Dios que mora en los espacios concretos de cada vida? La respuesta es determinante para la fe. Pues, según supone el argumento del Apóstol, solo si se recuperan para Dios estos espacios del mundo creado será posible confesar a Aquél que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús. Si Dios no ha tenido en su mano, desde siempre, todos los lugares donde habitan los hombres, es fatuo pensar que vaya a tener en su mano el lugar del cuerpo de Jesús, y que vaya a asegurar nuestra pertenencia a este cuerpo.

Para responder a estas preguntas inquiramos en esta primera parte del libro los recelos de nuestra cultura contemporánea para aceptar la creación. Veremos que tales recelos han terminado por agrietar la solidez de la sociedad misma. Esta situación nos invitará a replantear la pregunta por el Creador como aquel que despliega los espacios habitables y dinamiza los tiempos narrables del hombre (cap. I). Nuestra propuesta se moverá contra un arraigado prejuicio: que la fe en el Creador nos desarraiga de este mundo. Trataremos de mostrar, por el contrario, que con la acogida o rechazo de la fe en el Creador, sigue en pie o cae el gusto por edificar una vida grande y bella (cap. II). Finalmente, la conclusión del discurso del Apóstol, que predica la resurrección de Jesús en su verdadera carne, nos abrirá la mirada justa para acercarnos hoy a la creación, desde Cristo (cap. III) y desde su cuerpo eucarístico (cap. IV).